

otra. Este aparato del Principe Thomas me parece mui mal proporcionado a las fuerças interiores de nuestro Reyno, y que era mucho mas necessario en Flandes, que para destinarle a dar principio a tan gran obra. Las tropas del Duque de Lorena no están a sueldo de España, ni tenemos razon de querer vengarnos contra Españoles por los daños que sospechamos nos han de venir desta parte. Igual razon tendremos en llamarlos a que vengan a reparar el daño que el granizo hizo en los frutos, y el de los naufragios, que las tempestades causaron a nuestros vaxeles. Si alguno tiene derecho para tomar las armas contra nosotros de su propio motivo, y por sus propios intereses, hemos de confesar, que es el Duque de Lorena, al qual tuuiera por mal aconsejado, si auiendo de intentar recobrar su Estado, adonde está deshecho de sus pueblos, y adonde fia le ha de asistir toda Europa, viniessse a picar vuestros legitimos vassallos, con los quales no tiene correspondencia.

Despues de todas estas alegaciones imaginarias ponen la toma de la ciudad de Treueris, y de su Arçobispo, como por causa principal deste desorden general, diziendo, que este accidente ha echado el fello a la resolucion del rompimiento contra los Españoles. El Cardenal nos haze rarísimos en nuestros discursos, quiere que no teniē-

do derecho ninguno sobre la ciudad, ni Pais de Treueris, que de tiempo inmemorial està de baxo de la proteccion de España, por la apro-uacion y ruegos del pueblo ayamos podido, de baxo de color de vna conueniencia del Arçobispo, echar de alli el presidio Español, maltratar, y saquear el Pais, y que no sea permitido a los Españoles recobrar por armas lo que se les vsurpò con ellas; y que el Arçobispo de Treueris pudiesse disponer de sus rentas, y hazienda, como bien le pareciesse. Cosa cierta es, que siendo su tierra de la Iglesia, toca al Cabildo, y al Pueblo estoruar que no disponga dello en perjuyzio de sus sucesores, creciendo la razon que tenia este Pais de aborrecer la proteccion del Cardenal, por ser el principal autor, y patrocinador de los Suecos, cuyo fin es la destruccion de la Religion, que professan los de Treueris, y la ruina del Imperio, de que ellos son vn Electorato. Y si es verdad, que la intencion del Cardenal de Richelieu no era otra sino amparar estas tierras de la inuasion de los protestantes, no auia para que quitarles a los Españoles que tenían el mismo designio: pero si los juzgaua flacos, podialos dar socorro. En lo que toca à auerse apoderado del Arçobispo, al Papa, y al Emperador les pertenece que no le hagan agrauio. Hemos hecho por èl quanto debiamos, pues el presidio en quien fiaua, no le ha hecho

infidelidad; antes ha visto que la mayor parte del se ha dexado hazer pedaços en su defensa. Si siẽpre hemos sustentado, que nuestros mismos Reyes no pueden minorar vn palmo de tierra deste Reyno, ni aun para librarse del cautiuerio en que algunas vezes los pusieron las guerras; con mayor razon deuemos temer perder enteramente el Reyno, por librar al Arçobispo de Treueris de vn lugar donde està mejor q̃ entre nosotros. Biẽ sè que su Eminencia se pica de las esperanças de hazerse Elector del Imperio, por las negociaciones que tenia con el Arçobispo: pero no estamos obligados a sacrificarnos a todos sus apetitos, ni a consentir que nuestras armas se ocupen en poner este Electorato en manos de protestantes. Todos los hombres cuerdos que deliberan antes de hazer la guerra, quando no miran a Dios, ni al Derecho; por lo menos consultan, si el mal que quieren euitar por las armas, es mayor, que el que podrá causar la guerra que emprenden. No veo que la persona del Arçobispo nos pueda acarrear biẽ alguno, pues no està en su mano entregarnos sus Estados. Y veo, que el pedirle por guerra general, en tiempo que la Francia està tan flaca, por las muchas sangrias que en ella ha hecho el Cardenal, nos podrá poner a pique de perderla. Bien nos està la proteccion de Treueris: pero esto es si se pudiera cõseruar sin declarar mayor hostilidad entre las causas de auer rompido la guerra.

El Cardenal mezcla cantidad de malos terminos que han tenido los Españoles, para establecer el odio perpetuo que quiere mantener entre estas dos Coronas. Mas los hombres de buena vista descubriràn, que son como las alabanças de los vandoleros, que parece auer obligado a vn hombre quando no le matan teniendole en su poder.

En primer lugar cuenta la generosidad que Henrique Quarto tuuo quando hizo las treguas entre España y Olanda. Fuera tachar de imprudente al mayor, y al mas entendido Rey que hemos tenido, si le acusassemos de generoso en perjuizio de su Estado. Este gran Rey huio menester la paz para rehazer su Reyno, y no pudo asistir al Olandes sin miedo de romper con España. Esse poco de reposo que tuuimos por este camino bastò para introducir las artes, y las leyes, y nos puso en estado de tener que vender a todo el mundo, y no comprar nada de fuera.

Por segunda alabança propone, que Vuestra Magestad quedò neutral en los alborotos del Palatino. Las ligas que tuuieron nuestros Caluinistas cò los de Alemania, y la entrada que hizo Mansfelt en Francia, no permitieron que juntassem nuestras armas con las del Palatino, y por consiguiente la Casa de Austria no nos deue esta detencion.

En quanto a la modestia de que vsò V. M. en

las barricadas de Sussa, si V. Magestad no detu-
 uiera sus tropas, entonces fuera imposible passar
 mas adelante en Italia: fuera de que era gran im-
 prudencia empeñarse V. Magestad en la guerra
 de Milan, y dexar al Duque de Roan fortificar-
 se en Francia, y recobrar sus inteligencias con los
 forasteros. Y assi no veo argumento concluyen-
 te para tener a los Españoles por ingratos, y para
 persuadirnos, que es imposible viuir en buena
 paz con ellos. Y reconozco, que tienen mayor
 razon de culparnos, si miramos a la modestia que
 ellos dizen que tuuieron mientras Vuestra Mage-
 stad era menor de edad. Y el socorro que embia-
 ron contra la Rochela. Y la paz que nos dieron en
 el Casal, pudiendo consumir nuestras fuerças con
 hambre, si vn solo dia se detuuieran. Mas pesa es-
 to, que todo lo que dize el Cardenal en nuestro
 fauor. Y si hemos de ponderar, y examinar las
 razones de estado, no se como podra el Carde-
 nal justificar los socorros que damos al Olan-
 des, contra tantos tratados, ni la conquista de
 Pinarol, contra el juramento hecho de no que-
 dar con nada en Italia: ni aquellos embustes in-
 fames, y indignos de la generosidad Francesa, pa-
 ra levantar los vassallos del Pais Baxo: ni el auer
 roto los Regimientos Imperiales en el Pais de
 Lucemburg, sin declarar la guerra: ni la usurpa-
 cion de las Plaças del Emperador: ni auer fea y abo-
 minablemente despojado al Duque de Lorena

41
con pretextos de que se inclinava a España: ni finalmente tantas jornadas de Frailes para fuscitar Principes infieles, y prometer assistencias, y ayuda para acometer los Estados de la Casa de Austria. Y sobre todo me admiro de la prudencia del Cardenal, que intente que se crea, que será mas seguro a Francia confinar con el Turco, que con la Casa de Austria.

No quiero examinar, si el pretexto de la Religion que toman los Españoles es abuso, ò verdad: pero si sustentare, que ninguno sabe bien reynar que no acomode todas sus acciones aparentes a las reglas de su Religion, como quiera que es la primera piedra fundamental del Estado, y qualquiera que visiblemente haze burla de ella, el pueblo aprehende, que haze burla de su Principe.

Los Españoles han tenido hasta aqui tanta prudencia, que no han hecho nada en detrimento de la Religion Catolica que professan: y quando ha sido necessario hazer que las agenas sigan su partido, no lo han hecho aumentando setas contrarias a su Fè, como haze el Cardenal de Richelieu.

En el titulo que nos dà este Manifiesto para auentajarnos a España en la generosidad, dize, que somos el Refugio de Principes desdichados; con que muestra nuestro Cardenal el buen humor que gasta, pues el dia de oi el Rey
de

de España aloja y sustenta cinco, o seis Personas, e strangeras soberanas, echadas de sus casas por el Cardenal; y nosotros no tenemos a nadie, sino es a la Duquesa de Lorena presa, contra todo derecho, y apenas podemos darla pan en recompensa de los grandes Estados que la hemos usurpado. Con todo somos tan vanos, que tomamos el título de Refugio de Principes affligidos, con mucho mayor defensado y ostentacion que pudiera el Rey de España. Quien podrá creer, que el Cardenal es tan franco y magnifico, que quiere emplear liberalmente nuestras armas para restituir el Palatinado; despues de averlas empleado tan vilmente en echar al Duque de Lorena de sus Estados. Nada puede hazer esto creible, sino es la Religion del Palatino.

Para que nos sepa bien la guerra, este Manifiesto promete continuas victorias, y por exemplo la que tuuimos contra el Principe Tomas, que nunca auia visto a sus soldados, sino el mismo dia del encuentro. Conozco, SIRE, que la fortuna del nombre de V. Magestad, es mas que milagrosa. Todos los que han tenido poder de disponer de las armas de V. Magestad, desde el primer dia que reina, han hecho milagros. Todos los que se han dado por enemigos de V. M. han sido vencidos de si mismos, y os han dado las victorias, sin daros lugar para deslejarlas: y se que sobre esta confianza ha intetado el Cardenal sus locuras. Pero hasta a ora

no he leido de Principe alguno, q̄ aya sido dichoso toda su vida V. M. ha perdido mas gente en Flandes, q̄ el Principe Tomas, y ni V. M. ha conseguido nada en aquellas partes, ni sus confederados: mas antes estan en visperas de grãdes perdidas. Todas las Naciones q̄ hemos inuadido hã recibido algunos golpes de nuestros primeros impetus: pero en auiedo conocido el juego, siempre nos han obligado a salir con perdida nuestra. Oí la milicia es mas desordenada que nũca: todos los cargos de la guerra son veniales; las cabeças indecitas, el mando de las armas en manos de rebeldes, ò de Sacerdotes, los hõbres de biẽ desterrados, ò muertos: los infames leuados a los cargos, la justicia en manos de los vassallos del Cardenal, à los quales ha dado a cẽso el derecho de hazer delitos, robar en poblado, y saquear los pueblos cõ equiuocaciones de leyes, y cobrar tributos de tres en tres meses, à titulo de desempeñarle, de aumentaciones de compañías, de extinciones de derecho anual, visitas de malos procedimiẽtos, y otros colores que toma para encubrir estos robos. Estamos en tiẽpo que es menester sustentar a lo Real diez, o doze Casas infames que el Cardenal patrocina por ser de su sangre. Y esto con tanto excessõ, que las rentas de vna Prouincia no bastan para pastillas y caçoletes. Mire V. Magestad si nos preuenimos bien para hazer la guerra al Rey de España, teniendo otras quatro, ò cinco acuestas.

La otra galanteria con que nos quiere el Cardenal hazer trampantojos, es el naufragio de algunas gale-

ras del Rey de España; de la armada del Marques de Santacruz, que el dize auer sido castigo de Dios. Como si la sãtidad deste venerable Prelado fuera capaz a obligar al cielo a pelear por nuestros interesses. Los Españoles dizen, que sus perdidas en el principio de la guerra son señales ciertas y manifiestas de que Dios les quiere dar grandes vitorias; queriendo por este medio enseñarlos, que la verdadera fuerça depẽde del. Y por esta razon dizen algunos, que los Hebreos no tenían caualleria en sus exercitos, mostrando, que esperauan todas sus vitorias de la mano de Dios. Y para autorizar esta creencia de los Españoles, los Historiadores refieren, entre otros prodigios, aquel de Fernan Gonzalez Conde de Castilla; que estando para dar vna batalla, en que vencio, sus tropas en orden, al punto que queria embestir con el enemigo, la tierra tragò milagrosamente en la frente de su exercito vno de sus mas valerosos y diestros Capitanes; y como muchos quedassen espantados, y perdiessen animo, el Conde dixo, que aquella era señal que con el fauor diuino auian de vencer, pues que la misma tierra no podia sufrirlos. Esto es dezir S I R E, que V. Magestad no fie nada en las profecias de su falso profeta.

Casi todos confieñan libremente, que quanto ai en este Manifiesto es ridiculo; pero la persuasion de muchos que entienden, que el Cardenal tiene la llau e la inteligencia del Apocalypsi, los haze dezir, q̄ no ha elegido tã mal tiẽpo para hazer la guerra a España, y primise del dinero q̄ nos ha quitado, sin auerse fiado de

alguna razón secreta q̄ no se deute publicar. Y así vnos dicen, q̄ estaua obligado por los tratados hechos cō los Protestantes de Alemania, y Olādese: otros, q̄ las marañas q̄ tenia vrdidas en Flādes y en Italia le prometian la ruina infalible de España; y que no podia, ni deuia dexar passar tan buena ocasiō. Pero yo persisto en sustētar, que si no tuuiera mas que aquellos mouimiētos, se pudierā executar todos sus tratados y designios dexandolos correr como antes debaxo de la mascara y nōbre de otro. Para entēder la verdadera causa deste furor, es menester suponer, que como todo el mūdo sabe, quanto obra el Cardenal, es por sus interesses q̄ son diametralmēte opuestos a los del Estado, y sus perfidias le hazen aprehender, que V. Magestad puede despertar, y que alguno podrà llegar a descubrir a V. Magestad este juego. Por otra parte teme, que viniendo a morir V. Magestad, los que sucedieren a la Lorena no le castiguen por los daños que les ha hecho, y arruinen su casa, y su reputacion: y con estos miedos no fosięga, ni sabe que camino elegir. Vee que aunque ha hecho todo lo que es menester para apoderarse descubiertamente de la Corona, toda via este escalō es mui arduo para el, que es el mas cobarde de los hōbres, y no pretende subir el sino por el miedo que tiene de ser castigado por los mas leuantados. Por esso pues ha pretēdido dar otra muger a V. M. y por el mismo medio vn heredero al Reyno, sobre q̄ quiere fundarse, cō perjuizio de la vida de V. M. Y auiedo V. M. desistido a esto, ha hecho todo lo q̄ ha podido para pra

ticar lo mismo cō Mōsiur, a quiē ha destinado su sobri-
 na la Combalet. Y defendiendose Monfiur, con q̄ su
 conciencia no le permitia de casarse, ha buscado todos
 los medios posibles para la perdicion de Madama. Y
 auendole faltado todo lo dicho, ha juzgado, que lo
 mejor de todo seria embestir por todas partes a Flan-
 des para apoderarse de aquella pobre Princesa, y con-
 figuientemente de la Reyna madre, a quien teme so-
 bre todo, porque le parece que ella sola puede hallar
 el modo de defengañar a V. Magestad. Y ya en efeto
 este detestable hombre auia corrompido tanta gente,
 q̄ por sugestion suya ha faltado poco para auer echa-
 do diferentes vezes a aquellas dos señoras en el Ca-
 nal de Ambers. Y sino fuera por el cuidado extraor-
 dinario del Cardenal Infante, que por la confession
 de los mismos complices deste designio del Cardenal
 Richelieu, a quien hizo prender y castigar, descubrio
 sus maluados intentos, se huuiera executado esto, y
 rendido la memoria de V. Magestad abominable a to-
 dos los siglos venideros: que es vna de las principales
 causas que han mouido al Cardenal à preuenirse con
 publicidad. La segunda, porque le parecia ser necessa-
 rio romper todo genero de comercio con España, ha
 sido estoruar que ni la Reyna madre, ni la Madama
 pudieffen auisar a Monfiur de los muchos peligros,
 que le cercauan; ò que no rogassen al Rey de Espa-
 ña, que encaminasse por medio de su Embaxador
 cartas de su parte a Vuestra Magestad por donde le
 descubriessē los agrauios que le haze el Cardenal,

y el designio que tiene asegurado por vn segundo matrimonio de Monsiur, de arruinar a V. Magestad. Y esta fue la causa porque persuadio a V. Magestad, a que por tanto tiempo rehusasse el dar audiencia al Embaxador de España. Y porque era imposible fingir, que se desseaua conseruar la buena inteligencia con los Españoles, y rehusar oír a los que de su parte residen cerca de V. Magestad, declaró la guerra a España, para quitar con esso a su Embaxador la comodidad de hablar a V. Magestad, siendo assi, que en otros Estados sobre todo se procura, que los Embaxadores, aunque sean de los enemigos, se pongã a discurrir, y platicar: y esto ò para entender alguna parte de sus negocios, o bien para hallar camino para reconciliarse con sus señores.

Tambien puedo assegurar a V. M. que el Cardenal ha llegado a tal estremo, que para poner el entendimiento de V. M. en mayor laberinto y confusiõ y embaxarle de manera, que no tenga lugar para examinar su perfidia en el gouerno, pone como està dicho, los medios posibles para q̄ V. M. crea que el Rey de España le quiere quitar la vida; porque echa de ver, que no se podrá conseruar en su gracia sino por la ilusion engañosa, de que es necessario a V. M. para librarle de muerte violenta. Y porque aun no se atreue de todo punto a cargar á Monsiur tan graue delito, porque pretende ganarle, ha sido necessario acusar al Rey de España como maquinador de la perdiciõ de V. Magestad. No me engañara si añadiera a todas estas razones, que el Cardenal queriendo hallarse con fuerças

contra los enemigos que ha hecho, y seruirse de algunas traças que sabe para conseruarse en su fortuna, ha pretendido con estas amenazas reduzir a los Españoles a que capitulassen, y se ligassen con el para todos, y contra todos. La vltima razon que le ha obligado a esta desesperacion, es saber, que para reunir los Franceses, y hazer que pierdan el desseo de eximirse del maltratamiento de los que gouernan, el mejor medio es, procurar atraer sobre la Francia, las armas estrangeras. Nuestros Pueblos no queriã ya ajustarse alas imposiciones del Cardenal; ni nuestros Parlamentos admitir sus editos y decretos. La Nobleza ya pensaua en sus quejas; el Clero meditaua en sus protestas y amonestaciones. Y assi para atajar el corriente destas diuisiones, le parecio al Cardenal violentar a España a que nos acometa, y la pinta muy terrible, para q̄ pensando en sola ella, nos olvidemos de todos los males y agrauios que del hemos recebido. Pero a el le tenemos por el mas cruel açote con que podemos ser castigados, y ganaremos en mudarle por qualquiera otro.

Las confederaciones y ligas que el Cardenal ha hecho con los Principes de Italia para que echen los Españoles de aquella Prouincia, no nos dan mejores esperanças de felices suceßos. Protestò a todos aquellos Potentados, que la Frãcia no quiere para si nada en Italia, ni pretẽde mas de que los Españoles no tengã parte en ella: pero yo me engaño, si estos Principes en grã manera de sconfiados creyeren mucho tiempo, que hemos de hazer nosotros la guerra solamẽte por lo que

interesan ellos; y que en auiendo con nuestras armas
 tomado alguna plaça de consideraciõ, les daremos lue
 go la posesiõ della. Y quando tuuieramos elo
 quencia bastante para persuadirles esto, auiamos de
 tener prudencia mas que humana para repartir de tal
 manera la carga desta guerra, y los despojos de los Es
 pañoles, q̄ no sucediesse diferencia, ni diuisiõ entre los
 mismos pretendientes. Siempre hemos hallado quien
 nos ayude en los principios de nuestras guerras en Ita
 lia; pero a los fines, casi siempre tuuimos a todos los
 Italianos por nuestros enemigos. El desseo de noueda
 des, ò el lustre de la prosperidad de nuestras entradas,
 nos dan de ordinario algũ seguito de gente en aquel
 País; pero ninguna firmeza puede tener lo que se fun
 da sobre esto. El Duque de Saboya se ha aliado con el
 Cardenal, por no hallarse en estado de poderle cõtraf
 tar. El Duque de Parma se ha disgustado vn poco de
 los Españoles; pero quando le quisieren satisfazer, no
 se atreuera à rehusar de vnirse cõ ellos. Prometan los
 Venecianos lo que mandarẽ. Siempre procuraran dar
 el contrapeso; y ayudarán a los Españoles quando les
 vieren ser los mas flacos. Los Ginoueses se alegrarán
 de poder sacar algun prouecho, asì de Francia, como
 de España. Pero si fuesse necessario q̄ se declarassen por
 la vna, ò otra parte, nosotros somos los que menos les
 aprouechamos. El grã Duque no tomará partido has
 ta ver lo extremo. Y quando le fuesse fuerça armarse,
 será para conseruar la Italia en el estado que aora tie
 ne. Los Sumos Pontifices, à quien toca el interes de la

sancta sede Apostolica, no se meteran en nada, sino en procurar la paz: y si les fuerçan a ligarse con alguno, haranlo contra aquellos que quifieren hazer la guerra injustamente y sin ocasion.

El Cardenal se estiende mucho en contar algunos disgustos de los Napolitanos; pero si fuera cuerdo, supiera que el Reyno de Napoles en quexandose de lo que sufre de los Españoles, dize, que padecio mucho mas de los Franceses, y que los Franceses padecen mas que todas las otras naciones del vniuerso, y experimētan ser verdad, que no ay nada peor en vn Estado, que quando el Principe manda a las leyes; y al Principe vn Sacerdote apostatado.

No soy tan ignorante, que no sepa, que muchos afirman, que vna grande Monarquia como la nuestra, siēpre deue tener su poco de guerra, para tener los espíritus inquietos, y conseruar la dīciplina militar. Pero desfiendo, que esta es vna maxima muy erronea, y digo, q̄ es cosa facilissima a vn Principe entendido conseruar a su Reyno en paz, como lo han hecho tanto tiempo los Reyes de la China; y para llegar a ello, no es menester mas sino que se exercite perfectamēte la justicia, assi en los grandes, como en los pequeños, y que no se permita, que alguno suba a demasiada grandeza, ni q̄ las personas de vna misma condicion tengan entre sī otra correspondencia que aquella, que todos deuen tener en la persona de su Principe, y que no se consienta diuersidad de Religion. Que aya tal orden en lo que toca a las rentas del Principe, que ni se consuman por

la multitud de los que las tienen a su cargo, ni por los gastos prodigos, y locos, ni las raapinas y auaricia de los Ministros de hazienda, fuercen al Principe a facar de su pueblo extraordinarias imposiciones. Bien se que algunos alegan, que Carlos Quinto quando hizo pazes con Francisco Primero, le dixo, que les seria necesario boluer otra vez a hazer la guerra, porque entrambos reynauan sobre pueblos belicosos, a los quales si no les ocupasen desta manera, se armarian contra sus mismos Señores. Pero esto se debe tener mas por vna bizzarria, que por maxima de Estado. Y puesto caso que se huuiesse de admitir, que es necesario, que la Nobleza siempre tenga algo, en que entretenerse; para esto basta que en toda Europa sea escuela militar, como aora lo es, el Pais Baxo: sin que se armen generalmente todos los vassallos de vn Reyno contra todos los del otro. SIRE, V. Magestad vee que aora està obligada la Francia a tener en pie mas de diez grandes exercitos contra los estrangeros, y que ya ni tiene dineros, ni modo; ò medio por donde los pueda tener. Tambien debe confiderar V. Magestad, que dentro de nuestras puertas tenemos quatro materias infalibles de guerras ciuiles, que nos arruinaran de todo punto, si con tiempo V. M. no pufiere remedio: en primer lugar las amenaças terribles contra Monsieur, y las dissensiones que engendrarà la dissolucion de su matrimonio; y las q̄ tienē entre si por la preeminencia los otros dos Principes de la sangre Real. En segundo nuestro Hereses, a los quales el Cardenal

preuiene socorro de todas partes, y por todos medios. En tercero, los disgustos y sentimientos de nuestros malcontentos, y de los deudos y parientes de los que injustamente fueron justiciados. Y finalmente la expresion de todo el pueblo, que no espera, ni desea otra cosa, sino ver, que alguno quiera levantar el estandarte y vandera de la libertad. Y de aqui puede V. Magestad juzgar, si hemos elegido tiempo a proposito para venir a este rompimiento; y sino es verdad, que parece que el Cardenal por sacar vn ojo a España, quiere arrancar el coraçon de la Francia.

Si V. M. no despierta esta vez, tenga por destruida su Corona, y perdidos a los Franceses. Bien enagenado tiene V. M. su entendimiento, si piensa, que no podrá subsistir sin el ayuda de aquel idolo que se ha fabricado. Y viene a ser casi lo mismo estar muerto que no poder viuir sino a discrecion de otro. V. M. no podrá sacar gloria de su Cetro, si ella misma no se la da; y su Reyno fuera vn mui pobre y miserable Estado, si en el no se pudiera hallar otro que Richelieu sobre quie fossegar, y confiarse, y que faltando el, necessariamente se acabasse todo. Creo auer cumplido con lo que vn fiel vassallo debe a su señor, quando no hallando otro modo para representar a V. M. las borrascas, que le amenazan, he publicado este auiso para que perseguido, como lo ha de ser del señor Cardenal, por el ruido que ha de hazer en el mudo, llegue a noticia de V. M. que podrá sacar del grande prouecho, assi para si mismo, como para todo su Reyno. Mui poco tiempo falta a

V. Magestad para perderse, pues el Cardenal se dà prisa para deshazerse de V. M. por el miedo que tiene, que V. M. en viendo los efectos de sus perniciosos consejos, no vèga a defengañarse, y a dar ordẽ para destruirle. Puede ser que Dios permita, que esta confusion de armas que ha leuantado para cegar mas a V. M. le dè a ver lo que hasta agora se le ha escondido. Però es de temer, que si V. M. tardare mucho en resolverse, este hõbre furioso no se precipite a preuenir la resoluciõ. No se ha apoderado de todas las fõrtalezas de Francia con intento de acabar como hombre de bien. La buena y recta conciencia no pide otro apoyo para asseguararse, que el de la lei. Plegue a Dios que yo me engañe en lo que preueo de lo futuro, y que V. M. se defengañe en lo que hasta agora ha creído deste embustero. Bien conozco, que està el mal demasiado arraigado para poderse curar con estos pocos pliegos deste papel: però fino, serà bastante satisfacion de mi trabajo, que por aqui conozcan los Estrangeros, que las vilezas, perfidias, juramentos falsos, sobornos, barbaridades, y impiedades de que se sirue el Cardenal en el gouerno de la Francia, parecen mas abominables, y horribles a los verdaderos y legitimos Franceses, que a ninguna otra nacion del Mundo. Nuestra Monarquia siempre se ha conseruado por la virtud, no con dolo y fraude. El derecho q̃ los no conocidos tienẽ de cõprar para si genealogias, ha dado ocasiõ a este barbaro para hazer que algunos creã, que es Frãces: pero ninguno por enemigo q̃ sea podra hallar en todo el

cuerpo de nuestra nobleza, ni vna gota sola de tan mala sangre. Jamas hemos acometido a nuestros enemigos, sino por guerra abierta, y jamas nos ha faltado la generosidad para con los abatidos. Ninguna cosa se ha tenido por mayor afrenta, y injuria entre nosotros que ser acusados de auer faltado en la fee prometida, y jamas hemós tenido Ministros, que ayan mouido a sus señores a ser parricidas, ni vsurpar tiranica, y inhumanamente los Estados de otros Principes nuestros vezinos, como aora lo ha hecho el Cardenal: y assi no se ha de juzgar de la inclinacion, y natural de los Franceses, por las traiciones, y impiedades que oï dia se ven en el gouierno presente de Francia, que depende enteramente de vn Monstro, cuyo original no se conoce. Este pues es el fruto mas seguro que he propuesto sacar desta amonestacion, en tanto que Dios de poder absoluto se sirue de darnos la paz, y reposo que hemos menester, ya que no se descubre disposicion alguna para ello en las causas humanas.

F I N.

Fol. 1.

DECLARACION

DE SV ALTEZA DEL SE- ÑOR CARDENAL INFANTE,

a cerca de la guerra, contra la Co-
rona de Francia.



VIENDO la Francia empeña-
do su honor, jurando de mante-
ner la paz que el Rey Felipe Se-
gundo nuestro Señor, y Abuelo
(que Dios tenga en el cielo) tu-
uo por bien de concluyr en Ver-
uin, para esterminalos males que los desordenes
de la guerra auian acarreado a la mejor parte de la
Christiandad. Los Tratadores puestos por su San-
tidad, despues de auer exortado a los Diputados
del Rey que mantuuiesse religiosamente vn tra-
tado tan importante al honor de Dios, y al comun
reposito, le dieron fin con vna amenaza de la mal-
dicion de Dios, a quien fuesse el primero que que-
brasse esta paz. Es cosa notoria, que apenas se pu-
blicò, quando la Francia, para ser ella sola la que
tuuiesse fruto de este tratado, trasplantò la guerra
en los Payfes Bajos, con la continuacion de los tra-
tados viejos, y con la conclusion de otros nuevos
contrarios al de Veruin, continuados con socor-

2
ro de gente y dinero, dado a los rebeldes de Dios,
y de su Magestad, dandoles con esto el modo de
combatir en vn mismo tiempo contra la Religión,
y la soberania (como se consiguio) con mayor ca-
lor y fuerça de la que auian tenido por lo passado.

El Rey Felipe Tercero, nuestro honoratissimo
Señor, y Padre, y los Serenissimos Archiduques (q̄
Dios tenga en el cielo) tuuieron por mejor dissi-
mular estas contrauenciones, que valerse (no obsta
te que podian muy bien, por conseruacion de sus
razones) anteponiendo el comun reposo al inte-
res particular suyo, hasta que el cielo, o el tiempo
descubriessen algun remedio, en ocasiõ que el Rey
de Francia Henrico quarto se mouia para turbar to-
da la Europa, en vez de dexarla gozar de paz vni-
uersal, qual se podia prometer del tratado de la tre-
gua, hecho con el tratado de sus Diputados.

Pero auiendo su muerte no esperada, muda-
do la cara, y el estado de las cosas, su Magestad tu-
uo por cosa digna de su grandeza, y del renombre
que tan dignamente le conuiene de Rey Catholi-
co, ensalzár su bondad con moderar su poder, dan-
do bien por mal, asistiendo al Rey de Francia, que
oy Reyna, en vez de focorrer a sus subditos, mal
contetos, que no quiso oyr esta platica que le pro-
pusieron en resguardo de su proprio interes, sin
ofender la justicia. Esta assistẽcia se reiterò en varias
ocasiones: y si despues la moderaciõ no ha sido siẽ-
pre

pre tan templada, con todo esto no ha salido jamas de los confines de la razon; q̄ los Principes provocados del injusto proceder de sus vezinos, no puedē siēpre detenerse en perjuizio de sus subditos.

Otro tanto nos es fuerça, aunq̄ de mala gana, dezir de parte del Rey nuestro Señor, el qual podria con mayor sentimiento hablar, si los Principes grãdes no tuuiesen temor de ofuscar el esplendor de su generosidad, cō empobrecer el beneficio mal agradecido; pero seria mas presto flaqueza, q̄ discreciō, el callar lo q̄ aquellos q̄ se juntarō mas a la persona del Rey de Francia, en cãbio de hazer estimacion y reconocimiento, de estos beneficios, ayudandole para q̄ continuasse las traças dadas, lo persuadieron, en conclusion a correr a rienda suelta cōtra la casa de Austria, por gozar dentro la paz, violandola fuera de su Reyno, como se ha visto en varias ocasiones con cartas, comisiones, embaxadas, y tratados para reuelar los Estados y subditos de su M. intētãdo trayciones en las Ciudades mas importãtes; introducciones de nuevos derechos cōtra el tratado de Veruin, violãdo la seguridad del passo deuido a los Correos de su M. entrada de gēte de guerra en el Ducado de Lucemburgo, y Condado de Artoys, y de Borgoña, verificãdose todo esto por la notoriedad del hecho, o por otras pruevas euidētissimas.

Pero porque el vicio no cōbate jamas tãto la virtud, que no sea el el q̄ primero queda ahogado la

desconfiança que se ha conocido entre los Franceses y rebeldes en la execucion de las promessas, reciprocas del vltimo tratado, ha seruido a todo el mundo de exemplo para no descuydarse, ni fiarse de aquello que hazen ordinariamente a los otros. Por tanto, auiendose diuidido las Prouincias antes de auerlas ocupado para tratar con exceso de sacrilegios, impiudades, violencias, y crueldades que dificultosamente creera la posteridad, que poco ha juntos cometieron en Tillemont contra Dios nuestro Señor, sus santos Sacramentos, y Iglesias, Clerigos, Monjas, viejos, y mugeres. El Rey de Francia por quitar la dificultad que hazian los Rebeldes de salir en campaña, auiendo calificado la entrada que hizo su exercito en el Pais de Lucemburgo, por la guerra formal de vna Corona a otra, y juzgando por cosa peligrosa por respeto de sus propios subditos, de hazerla sin alguna apariencia de buen sucesso de sus malos designios, hizo esta entrada en la primera empreña de Orcimonte con el nombre de las armas del Principe de Orange, hasta que vista la ventaja que les lleuauã, y desconfiando del successo, no obstante esto, continuãdo su mal modo de proceder, tomaron por pretexto, prender al Arçobispo de Treueris, Principe, y Elector del Imperio.

Pero aunque estas cosas pudieran obligar al Rey de Francia, a no innouar cosa alguna, por lo me-